



Lo masculino y lo femenino en el imaginario colectivo de comienzos de siglo

Author(s): Bernardo Subercaseaux

Source: *Revista Chilena de Literatura*, Aug., 1993, No. 42 (Aug., 1993), pp. 245-249

Published by: Universidad de Chile

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/40356727>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



Universidad de Chile is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Chilena de Literatura*

JSTOR

LO MASCULINO Y LO FEMENINO EN EL IMAGINARIO COLECTIVO DE COMIENZOS DE SIGLO

Bernardo Subercaseaux
Universidad de Chile

1

Contempladas con ojo actual, las primeras décadas de este siglo se presentan como una etapa clave para la historia literaria, intelectual y cultural del país, como una etapa en que afloran o cristalizan la mayor parte de las corrientes estéticas, sensibilidades, ideas, mitos y emblemas contemporáneos. Son décadas en que se configuran las principales voces de la poesía chilena (la Mistral, De Rokha, Huidobro y Neruda), en que a partir del modernismo literario se da el tránsito al americanismo espiritualista, a la estética de lo nacional popular y al vanguardismo. Son años en que se incuba la polémica entre criollistas e imaginistas, entre nacionalismo y cosmopolitismo literario. Se trata también de un período en que se institucionaliza la crítica literaria de periódico con Emilio Vaisse, una etapa plena de gestos y manifiestos en que las cofradías (Colonia Tolstoyana y Grupo de los Diez) o la bohemia (Neruda y Alberto Rojas Jiménez, entre otros) se convierten en formas de asociación creativa y pensante.

Los estudios sobre literatura chilena de corte impresionista o la historiografía literaria científicista que recurre al parámetro de las generaciones, aun cuando han realizado importantes aportes al estudio de la vida literaria y cultural de la época, son en general insuficientes en el momento de delinear un mapa mental (y menos aun un mapa concebido en términos de proceso) de las preferencias y sensibilidades literarias operantes. Cuadro éste que resulta imprescindible si se quiere avanzar alguna hipótesis sobre el universo imaginario que alimentaba la producción de sentidos y las lecturas de entonces.

2

En el marco del propósito anterior, nuestro objetivo —en esta ocasión— es sólo llevar a cabo una rápida cala en el imaginario colectivo vigente a comienzos de siglo, una incisión que nos permita caracterizar ese imaginario en unos de sus aspectos recurrentes, poniendo de relieve su rol en la configuración y recepción literaria. Para ello hemos examinado un corpus variado de textos que circularon en Chile en las primeras décadas, un corpus compuesto por críticas y reseñas literarias; crónicas periodísticas; novelas; obras de teatro; ensayos sociales e históricos. Se trata de textos que comparten una matriz común, puesto que explícita o metafóricamente tematizan algún aspecto literario, cultural, histórico o social del país, a partir de la identidad de género, vale decir inscribiéndolo en las categorías de lo masculino y lo femenino.

Citemos en primer lugar un conjunto de textos de valoración literaria e intelectual. En 1915, un crítico de periódico, con el seudónimo de Bedel (“Psicoanálisis a M. Latorre”), a propósito de un libro de cuentos, lo alaba porque para escribir sus cuentos Mariano Latorre se “documenta como un hombre de ciencia, como un geólogo”. Luego lo contraponen al escritor subjetivo, al escritor confesional que abre su intimidad o relata sus pasiones: el esfuerzo documental y objetivo de Latorre corresponde, dice, citando a Eduardo Barrios, a “una literatura viril, de varón”.

Abundan en la época las críticas a la poesía modernista o postromántica, que hablan de “una caterva de poetas decadentes, plenos de tintas crepusculares y aristocratismo enfermizo, escritores que se desviven por los afeites y las sonoridades huecas”¹, críticas que en definitiva feminizan los últimos estertores de la sensibilidad modernista, contraponiéndole una producción poética vernacular o nacionalista. Años más tarde, frente a nuevas voces, este tipo de crítica se repite. El propio Mariano Latorre, en 1924, refiriéndose a Huidobro y Neruda, fustiga la nueva poesía señalando que “se echa de menos la poesía varonil, con raíces en la vida, de la generación anterior” (se refiere a Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva y Daniel de la Vega). Latorre divide a la literatura chilena de la época en dos tipos de escritores: en escritores vasijas (que imitan a autores foráneos) y escritores vertientes (que generan obras desde sí mismos), feminizando así a los primeros, a los modernistas y europeizantes.

Este tipo de valoraciones, a juzgar por un ranking de poetas efectuado en 1918 por la revista *Zig-Zag*, eran ampliamente compartidas: el ranking colocaba en primer lugar con 396 preferencias a Daniel de la Vega, en segundo lugar con 169 a Víctor Domingo Silva, en tercero con 78 a Pedro Antonio González, en cuarto con 54 preferencias a Ricardo Corbalán, en quinto a Gabriela Mistral con 52, y luego a Carlos Prendez con 34, a Jorge Hubner con 29 y a Pedro Sienna con 24.

Hay testimonios de los propios poetas que confirman la vigencia de un esquema de valoración polar en torno a lo femenino y lo masculino. Pablo de Rokha, por ejemplo, en su autobiografía, recordando su alejamiento del registro modernista y el despertar, entre 1913 y 1914, de su voz poética, masculiniza esta iniciación, percibiendo su propia voz como “un animal potente”, como el “toro y el potro”, como “el macho que está alerta”. En cambio del Huidobro de esa misma época, que había sido su amigo en sus comienzos modernistas, dice que “escribe por lujo ocioso de rico... que extrae sus poemas de su biblioteca, de Verlaine, Baudelaire, Apollinaire y Rimbaud... esta gente... dice De Rokha... está podrida, están marcados y degenerados, son unos cobardes y afeminados que escarban con el hocico la pesebrera literaria de Europa”².

Podría pensarse que estas valoraciones no tienen nada de extraño, puesto que a fin de cuentas se atribuyen como valor positivo “rasgos varoniles” a una poética o a una producción literaria producida, biológicamente hablando, por “varones”. Sin embargo, en la época, también abundan textos que neutralizan esta observación. Julio Molina, en *Selva lírica*, la importante antología poética de 1917, dice de Gabriela Mistral, literalmente, que lo que la ha consagrado es “su estilo varonil”. Ricardo Sánchez, en 1921, elogiando unas conferencias sobre literatura española pronunciadas en 1907 por Amanda Labarca y publicadas luego como libro, dice que éstas exhiben “un extraordinario coraje” y “un estudio robustecido en la meditación”.

¹ BENJAMÍN VICUÑA SUBERCASEAUX, *Memoria sobre la producción intelectual en Chile*, Santiago, 1909.

² PABLO DE ROKHA, *El amigo piedra. Autobiografía*, Santiago, 1990.

Refiriéndose luego a la obra “Actividades femeninas” de Amanda Labarca... la ensalza señalando, paradójicamente, que en ella: “hay ensayos sociológicos que revelan un talento verdaderamente varonil”³.

Incluso en ámbitos ajenos a lo literario, se encuentran referencias semánticas similares. Por ejemplo en el periódico *El Eco de la Liga de las Damas Chilenas*, 1912, a propósito de las Fiestas Patrias la presidenta de esta liga de damas conservadoras, pronuncia un discurso en que con fervor llama a sus asociadas a combatir las malas costumbres y la inmoralidad con —y cito textualmente— “los corazones llenos de temple viril”.

Queda claro, entonces, que “lo varonil” no corresponde a una categoría biológica, ni se agota en el rol sexual, y que su significación atrae componentes psicológicos vinculados a determinada actitud vital e intelectual, actitud que puede ser asumida por miembros de uno u otro sexo. ¿Pero en qué consiste, cabe preguntarnos, esta actitud en el plano intelectual? Armando Donoso refiriéndose en 1922 a Alejandro Venegas el autor de *Sinceridad. Chile íntimo* (1910), afirma que “su talento es de una vigorosa masculinidad”. Luego Donoso explica lo que entiende por tal, se trata —dice— de “la palabra clara y precisa... de “el amor a la verdad”, de “la conciencia cívica responsable” y sobre todo de “la capacidad de ver lo que hay tras las apariencias, tras los afeites y cosméticos”⁴.

4

En numerosos ensayos sociales y artículos periodísticos de la época se productiviza genéricamente el tema de la apariencia y los afeites, convocando así significaciones de índole sociológica, antropológica, histórica y política. Eduardo Poirier, en un libro de conmemoración del Centenario, en el acápite de “raza chilena” habla de una “raza esforzada y emprendedora... fusión de la europea con araucanos”... de una raza “que por su carácter tiene horror —dice— al amaneramiento, al disimulo y al detalle”⁵.

Joaquín Edwards Bello, en sus crónicas del Centenario, refiriéndose al centro de Santiago, dice que éste revela, mejor que cualquier texto histórico o sociológico, la “índole femenina de la sociedad chilena. La gente sale al centro —dice— para *s'afficher*”, para exhibirse, para demostrar que existe, para pasar lista y para comprobar que “no le han bajado los bonos personales”⁶. En la discusión sobre la legalización de la lotería y juegos de azar que se da en los periódicos de la época, se vincula la obtención de beneficios sin trabajo o la especulación a lo femenino y a una ética propia de la raza latina, mientras el esfuerzo y el sentido pragmático son vinculados a una actitud masculina y a una ética calvinista anglosajona.

F.A. Encina en *Nuestra inferioridad económica* (1911), criticando la educación liberal, afrancesada y libresca y el exceso de abogados, habla de una “formación de señoritos”, educación a la que contraponen una formación pragmática e industrial, que fomente el espíritu de empresa. Frente al ocio y al espíritu imitativo, propios de la raza latina y de la oligarquía, que feminiza al decir “señoritos”, Encina postula como alternativa una educación técnica, con criterio nacionalista y práctico, siguiendo el modelo anglosajón.

³ RICARDO SÁNCHEZ RAMÍREZ, “Escritores chilenos: Amanda Labarca”, *El Mercurio*, 8 de junio de 1921.

⁴ ARMANDO DONOSO, prólogo a Alejandro Venegas *Por propios y extrañas tierras*, Santiago, 1922.

⁵ EDUARDO POIRIER, *Chile en 1910*, Santiago, 1910.

⁶ J.E. BELLO, “El Centavo” *Crónicas del Centenario*, 1968.

Encina sigue, sobre todo en su crítica a la “raza latina”, al Dr. Nicolás Palacios y a su libro *Raza chilena* (1904). Palacios percibe los males de Chile como un producto de la inmigración latina y de la preeminencia de una oligarquía afrancesada, factores que habrían contribuido a que la antigua raza patriarcal (de progenie gótico-rotésca) estuviera por esos años perdiendo su identidad y transformándose en una raza de sicología matriarcal.

Habla explícitamente de un “fenómeno de feminización de la sociedad chilena”, y da ejemplos que lo que llama “síntomas de decadencia”: “ha aparecido —dice— en la literatura nacional una profusión de poetas... de la especie cultivada por la poetisa Safo, poesía —dice— en que prima el deseo de abatirse, de humillarse, de sacrificarse por la persona amada”. “Son —agrega— vates matriarcales de la peor especie”. La filantropía, el pacifismo, y la protección excesiva del estado forman también —según Nicolás Palacios— parte del sentimentalismo de la raza latina, de esa “alma femenina” que se caracteriza “por su protección al débil, al chico y al incapaz”.

5

¿Por qué ni Amanda Labarca, ni Matilde Brandau, ni Iris Echeverría, ni las feministas que visitaron el país como Belén de Sárraga, por qué —preguntamos— ninguna de ellas se hizo cargo de este tipo de referencias? ¿Es que no se sentían, acaso, tocadas o aludidas? ¿Cómo explicar, además, esta constante tematización negativa de lo femenino en un período en que desde el punto de vista real la mujer tuvo avances en la educación, en el trabajo y en los ámbitos profesional e intelectual?⁷ Este desfase y el hecho que no se hayan sentido aludidas se explica, precisamente, porque la tematización de lo femenino tenía en el imaginario colectivo de la época un referente distinto a la mujer real. Se trataba hasta cierto punto de una suerte de alegoría.

La matriz de sentido que articula ese referente estuvo dada —a nuestro juicio— por el contexto político social (parlamentarismo, rotativa ministerial, gobierno de la oligarquía indiferente frente a la “cuestión social”, etc.) y por el *nacionalismo* como fuerza cultural dominante de la época. Lo femenino era lo foráneo, la oligarquía afrancesada, el ocio, la especulación, la raza latina, los inmigrantes, el modernismo y las poéticas cosmopolitas, el parlamentarismo ineficiente, la *belle époque* criolla, los juegos de azar, los políticos pusilánimes (recordemos que un Presidente de entonces declaró que existían sólo dos tipos de problemas: “los que no tenían solución y los que se resolvían por sí solos”). Lo masculino en cambio correspondía a la industria, al espíritu emprendedor y guerrero, al roto, al régimen presidencial, a las figuras de Prat y Portales, a la raza gótico araucana, a la ciencia, a una literatura que no fuese escapista, que se hiciera cargo de la realidad y desnudara las apariencias, que rescatara lo propio y las tradiciones vernáculas.

Este campo semántico se empezó a sedimentar sobre todo a partir de la Guerra del Pacífico, y se constituyó como parte del imaginario colectivo —como lo muestra su profusa presencia— en el período del parlamentarismo, en el contexto de una integración del país a la economía mundial, bajo el predominio de una oligarquía que podía exclamar, como los Luises de Francia, “el Estado soy yo”. También contribuyeron a esta sedimentación las corrientes de pensamiento biólogos y positivistas, y el darwinismo social que permeó gran parte del pensamiento de la época.

⁷ Felicitas Klimpel, *La mujer chilena*, Santiago, 1962.

6

El campo de significaciones descrito, tuvo, como se desprende de los juicios críticos que hemos citado, una clara incidencia en la recepción y en la configuración del gusto literario. Quien haya leído con atención las "Memorias" de Fernando Santiván sobre la experiencia de la Colonia Tolstoyana, se dará cuenta que el distanciamiento entre él y Augusto D'Halmar de alguna manera se inscribe en los polos semánticos apuntados. También estos polos incidieron en la configuración de sentido y en las estrategias compositivas de numerosas obras literarias. Por ejemplo, para citar las más obvias: *Hogar chileno* de 1910 y *Ansia* de 1911, novelas de Senen Palacios y Fernando Santiván, respectivamente. O en piezas dramáticas como *Vencido* de 1912, de Francisco Hederra. No es casual que estas obras alcanzaran reconocimiento en certámenes de la época.

Queda sin embargo para otra ocasión el examen detallado de la incidencia que tuvo el imaginario colectivo nacionalista en las estrategias de composición de estas y otras obras. Y también el modo en que este imaginario fue un fantasma permanente, para aquellos que asumieron la estética de la irreverencia frente a la tradición y a la mentalidad operante, como fue el caso, sobre todo, del poeta Vicente Huidobro.